

Lloyd Kyi, Tanya y Wuthrich, Belle (2017), *Ojos y espías. Cómo te controlan y por qué debes saberlo*, Madrid, España: Siruela. Colección: Nos gusta saber, 2017, 127 pp., ISBN: 978-84-17041-46-5

## Vivir bajo el ojo de cristal del Gran Hermano

Cuando los letraheridos hablan de vivir dentro de un libro, parece que el halo sentimentaloides de la cultura de masas nos arrastra a pensar en utopías donde reinos de felicidad crecen sin fin, pero a la hora de la verdad, si dicho sueño (o pesadilla) se ha cumplido ha sido para arrastrarnos hacia los mundos fríos de novelas como *1984* de George Orwell, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury o *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. La ciencia ficción, un género a menudo despreciado por las élites intelectuales, funciona como metáfora sobre el futuro para advertirnos sobre el presente y no cabe duda de que ya vivimos bajo aquellas formas de gobierno totalitarios de los que nos avisaron Orwell y compañía en su día.

*Ojos y espías. Cómo te controlan y por qué debes saberlo* de Tanya Lloyd Kyi, con ilustraciones de Belle Wuthrich, es una investigación de talante divulgativo de cómo, por ejemplo, hoy un móvil es la herramienta perfecta para que cualquier gobierno, organización, empresa o poder rastree a una persona, catalogue su forma de ser y juzgue en consecuencia su papel dentro de nuestra sociedad. Y dicha persona lo acepta sin más, junto a todas esas condiciones de uso y políticas de privacidad que apenas lee.

“Dado que los ordenadores son capaces de recoger miles de millones de fragmentos de información sobre todos y cada uno de nosotros y analizar esa información en busca de patrones, todos estamos «vigilados». Sí, los gobiernos nos vigilan para poder localizar a los sospechosos de terrorismo, pero también hay otras muchas personas y organizaciones que tratan de averiguar quiénes somos y qué hacemos” (Lloyd Kyi, 2017: 4).

Puede que el mensaje de la autora sea traducible para algunos como una especie de llamada de atención o una teoría conspiranoica en ciernes para otros, pero la realidad es que, si hoy leemos cualquier medio de comunicación, no nos extraña encontrar temas como los siguientes:

1. Edward Snowden advirtió en su día sobre cómo los datos de todo el mundo se habían convertido en la moneda de cambio de los gobiernos y, desde entonces, se le ha considerado un traidor por su antiguo gobierno, siendo perseguido por la justicia estadounidense.
2. Mark Zuckerberg, creador de Facebook, tuvo que testificar ante el Congreso de los Estados Unidos por permitir que empresas como Cambridge Analytica

utilizasen los datos de cientos y cientos de usuarios que se habían sumado a la célebre red social.

3. La nueva ley de protección de datos (el RGPD europeo) intenta dibujar un nuevo escenario para su actuación en mundo donde cada vez es más importante compartir, pero también conservar, los datos y los derechos de imagen.
4. La Comisión Federal de Comunicaciones de Estados Unidos terminará con la neutralidad de Internet en un país que lo consideraba como un servicio público.

Es así: actos de terror como los atentados del 11-S solo han conseguido que las medidas de vigilancia aumenten en todo el mundo de una forma espectacular. Vigilar los correos electrónicos, las llamadas, las compras y demás datos de la población parece un “mal necesario” para la protección. Parafraseando a Benjamin Franklin, la autora de *Ojos y espías* parece sostener que aquel que renuncia a su libertad por su seguridad, no se merece ni su libertad ni su seguridad. En la sociedad en la que vivimos ¿qué no se sacrificaría por esa protección y esa sensación de amenaza que justifica el control sobre la población? Irónicamente, Kyi saca a la luz que la mayoría de actuaciones contra grupos terroristas se deben a investigaciones policiales, nunca a la vigilancia masiva a la que se somete al ciudadano común. Por tanto, ¿qué sacan los gobiernos de todo ello?

Los registros de teléfonos e internet realizados por la NSA estadounidense en realidad no han facilitado ninguna detención. Todas las detenciones de terroristas y delincuentes de la NSA se deben a chivatazos, investigaciones y otras técnicas policiales tradicionales (Lloyd Kyi, 2017: 107).

En el capítulo *Arkangel* de la serie *Black Mirror* (con la cual el periodista y guionista Charlie Brooker ha advertido sobre el papel de la tecnología en nuestra sociedad) tenemos la historia de una madre que decide vigilar a su hija mediante un implante y así saber qué hace en todo momento la joven, ver a través de sus ojos su vida y obrar en consecuencia, como una especie de ángel de la guarda. Esa burbuja que concibe su madre para protegerla acaba explotando cuando la niña empieza a sentirse fascinada por algo que su madre decidió difuminar mediante el dispositivo que le insertó para vigilarla: la violencia. Esta obra, que parece ciencia ficción, encuentra sus ecos en sistemas de videovigilancia que padres y profesores usan con los más jóvenes en todo el mundo y al que Tanya Lloyd Kyi dedica un gran espacio de su libro. La autora reflexiona sobre la posibilidad de que muchos adolescentes jamás experimenten con su personalidad debido a la vigilancia y que esto juegue en su contra en el futuro.

En cuanto a las empresas, parece claro el beneficio económico que obtienen a partir de los datos. El acto de comprar usando una tarjeta de crédito o una tarjeta cliente convierte a su usuario en una serie de datos que cruzar para ofrecerle lo mejor posible. En esta sociedad consumista donde el acto de comprar es una especie de fe, *Ojos y espías* advierte de sus peligros.

Cada vez que pasas una tarjeta de cliente, haces clic en un «me gusta» de una web o escoges una película en Netflix, generas datos informáticos. IBM calcula que muchas empresas estadounidenses almacenan un mínimo de 100 terabytes

(100.000 gigabytes) de información ¡cada una! La mayoría de estos datos no son útiles para un ser humano. ¿Qué persona se leería y procesaría 100.000 gigabytes? Sin embargo, un ordenador sí puede. Cuando un ordenador repasa grandes cantidades de información en busca de patrones, eso se denomina *data mining*, o «minería de datos», y es algo que vale millones de euros (Lloyd Kyi, 2017:88).

Como la propia autora recoge, Eric Schmidt, responsable de Google, definió que la empresa llegaba hasta la línea roja sin transpasarla, pero el problema empieza cuando empezamos a discernir cuál es la línea roja para Google o cualquier otra compañía. A su vez, las redes sociales pueden ser parte de la censura y la venta de datos o también en una herramienta para movimientos como la Primavera Árabe.

A su vez, el estilo de Lloyd Kyi es ameno, dispuesto al lector más joven y más adulto, al investigador que busque sobre el nuevo paradigma del *big data* y para todo aquel que sienta curiosidad por saber cómo funciona nuestro mundo. Hace un repaso por distintas noticias y acontecimientos con fuentes rastreables y nos muestra una sociedad donde la vigilancia parece cada vez más importante o donde los datos son una moneda al alza. En cuanto a las ilustraciones de Belle Wuthrich, su dibujo se apoya sobre la prensa y libros temáticos con un toque, a menudo, irónico, que termina de perfilar todo este trazo sobre el mundo actual en el que las cámaras se han convertido en una pieza más de nuestras metrópolis.

El libro se compone de la introducción “Ojos y espías”, la conclusión “tracemos la línea” y los capítulos: “ojos y espías”, “pasillos vigilados”, “hogar, dulce hogar”, “saber moverse”, “atrapados en la red”, “de compras con tus datos” y “qué pesado el Gran Hermano”. En cada uno de ellos se investiga y se añaden datos interesantes, además de generar debate, sobre diferentes campos que nos hace pensar que el concepto de huella digital (esa imagen que vamos dejando de nosotros mismos en Internet), lejos del derecho al olvido, se ha transformado en un “tatuaje digital” dado a su carácter casi indeleble. Si pensamos en el día a día de cualquier persona, hallamos que las posibilidades de ser rastreado, de que comparta datos y se convierta en una cifra más para los gobiernos o las empresas que buscan vender a toda costa es alta. Por ejemplo, el usuario de un *smartphone* se transforma en la diana de multitud de políticas de privacidad mediante el “mero” acto de descargar aplicaciones que pueden tener acceso a su cuenta de correo, contraseñas, contactos, geolocalización...

Los españoles se descargan diariamente cuatro millones de aplicaciones para dispositivos móviles, frente a las 2,7 millones de hace un año, mientras que el número de usuarios activos en este país alcanza ya los 22 millones, con una cifra casi el doble que en septiembre del año pasado, que era de 12 millones (Europa Press, 2013: sin pag.).<sup>1</sup>

Puede que, aunque a menudo se contraponga la seguridad y el derecho a la intimidad, también se pudiera abrir la crítica a la pregunta de si el beneficio de la vigilancia masiva de nuestra sociedad es lo suficientemente grande para cubrir el gasto enorme que se involucran dentro de este sinfín de datos que se cruzan y se apoyan en la estadística.

---

<sup>1</sup> Europa Press (23/09/2013). ¿Cuántas «apps» nos descargamos en España? ABC, recuperado de <http://www.abc.es/tecnologia/moviles-aplicaciones/20130923/abci-apps-descargar-diario-201309231201.html>

Internet, las redes sociales y otros elementos analizados en este libro son, sin duda, herramientas, pero como toda herramienta puede ser usada para bien y para mal. Un martillo puede utilizarse para fijar un clavo que impida que una estantería caiga, pero también puede usarse como arma contra alguien, por ejemplo. Esta metáfora simboliza bien lo que Internet y compañía son y pueden llegar a ser. Una red social puede servir para ayudar durante una catástrofe o puede servir para someter a una persona al ciberacoso.

Si regresamos a ese mundo heredado o pronosticado de 1984, George Orwell nos advirtió de que el Gran Hermano nos vigilaba, *Ojos y espías* nos confirma que este conglomerado monstruoso de ojos de cristal ya es una realidad y, mientras, a la sociedad solo le queda la opción de hacerse responsable y proteger sus datos o sonreír, porque, al fin y al cabo, una cámara está observándoles.

Carlos Javier Eguren Hernández  
Universidad de La Laguna